

*Razón, verdad y crítica: momentos epistemológicos
en la «Dialéctica de la Ilustración»
de M. Horkheimer y T. W. Adorno*

Esther BARAHONA ARRIAZA

Dialéctica de la Ilustración es una obra conjunta de dos pensadores con posturas filosóficas distintas, aunque semejantes a un tiempo, ya que ambos forman parte de una misma corriente intelectual: la conocida «Escuela de Frankfurt», cuyo origen se cifra en dicha ciudad en 1923 con la creación del Instituto para la Investigación Social. A Horkheimer —hoy en día fundador indiscutible junto con Adorno de dicha escuela— se le debe la teoría programática que inicialmente compartirán todos los componentes del grupo; una teoría de carácter crítico-reflexivo que va a cuestionar los principales presupuestos epistemológicos de la cultura occidental. En efecto, en su *Teoría Crítica* este autor va a analizar la realidad social y el concepto de racionalidad que la sustenta, para investigar si es posible su transformación hacia una sociedad mejor, justa, una «sociedad racional». La filosofía adquiere así un compromiso social, quiere modificar la realidad racionalizándola. Horkheimer nunca abandonará este propósito, pero sí el optimismo utópico en el cambio que mantuvo en un primer momento, y ello, en parte, por la irrupción del fascismo en Alemania que le obligaría, a él y a la mayoría de los miembros del Instituto, a instalarse en los Estados Unidos. El destierro, el genocidio nazi y la guerra son factores que influyen decisivamente en el pensamiento de Horkheimer y, cómo no, en el de Adorno (¿acaso es posible la filosofía después de Auschwitz?). Partiendo, pues, de esta experiencia básica, de su antigua amistad y de una preocupación filosófica común, se inicia en el exilio una estrecha colaboración entre estos pensadores que se mantendrá en el tiempo y que tiene como primer gran resultado escrito la obra que nos ocupa, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos Filosóficos*.

La *Dialéctica de la Ilustración* es heredera de la formulación anterior de la «Teoría Crítica». Su objetivo es poner de manifiesto la irracionalidad de un mundo opresor, de una sociedad que paulatinamente ha devenido lo contrario de su propósito inicial, a saber, el progreso y la emancipación por medio de la razón. En la *Dialéctica de la Ilustración* Adorno y Horkheimer intentan presentar un análisis gnoseológico de las causas que han motivado el fracaso de la civilización, intentan comprender cómo la sociedad contemporánea, orgullosa de sí misma, ha abocado a la catástrofe de la sinrazón. Para esto los autores proponen una reflexión sobre el desarrollo de la historia y sobre el concepto de razón que ha tenido lugar en ella y que ha provocado semejante situación. El tema último es, por lo tanto, una filosofía crítica, centrada en una teoría de la racionalidad, en su evolución y ejercicio actual, que pone de manifiesto la no-verdad del proceso histórico. En definitiva, la *Dialéctica de la Ilustración* es un examen de la sociedad y de las causas de su falsedad a través de una teoría de la razón. Veamos, pues, en qué consiste este examen y cuál es su exposición concreta.

EL CONCEPTO DE LA RAZON

La *Dialéctica de la Ilustración* tiene su origen en un hecho traumático para Adorno y Horkheimer, la constatación de la capacidad demoleadora del género humano que, contra el proyecto ilustrado de emancipación, no camina hacia una convivencia razonable, ni cimenta la edificación de una sociedad libre, sino que se dirige hacia su plena aniquilación. El objetivo de los autores es, por tanto, comprender cómo se ha originado este problema, saber por qué cada vez hay menos libertad en el mundo y más destrucción¹. En este punto hay que tener en cuenta que Adorno y Horkheimer consideran a la filosofía heredera de los ideales del siglo XVIII, de su afán por avanzar en continuo progreso hacia una humanidad en libertad. Sin embargo, y he aquí lo importante, ellos advierten que este proceso ha devenido justamente lo contrario de su propósito inicial, es decir, que la Ilustración se ha destruido a sí misma:

La aporía ante la que nos encontramos en nuestro trabajo se reveló así como el primer objeto que debíamos analizar: la autodestrucción de la Ilustración. No albergamos la menor duda —y ésta es nuestra *petitio principii*— de que la libertad en la sociedad es inseparable del pensamiento ilustrado. Pero creemos haber descubierto con igual claridad que el concepto de este mismo pensamiento, no menos que las formas

¹ «Lo que nos habíamos propuesto era nada menos que comprender por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, se hunde en un nuevo género de barbarie», Horkheimer, M. y Adorno, T. W.: *{Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos Filosóficos (di)}*, Trotta, Madrid, 1994, pág. 51).

históricas concretas y las instituciones sociales en que se halla inmerso, contiene ya el germen de aquella regresión que hoy se verifica por doquier. Si la Ilustración no asume en sí misma la reflexión sobre este momento regresivo, firma su propia condena².

Ahora bien, ¿cómo se ha producido el proceso regresivo que se denuncia?, ¿cuál es la causa que ha motivado la aporía ilustrada? Según Adorno y Horkheimer es la propia historia de la razón humana, el desarrollo que ésta ha tenido desde el mismo comienzo de la civilización occidental, el que ha dado lugar a la raíz de la perversión. ¿Por qué? Porque la razón nació desde un principio mutilada por el interés del hombre de dominar la naturaleza y este anhelo enfermó a la razón que desde entonces se ha desenvuelto con miras a un único objetivo: el dominio. La razón ilustrada es, de este modo, razón de dominio, pero de un dominio que se retrotrae al inicio de la racionalidad, al mito. De aquí, precisamente, la formulación de la tesis central de la *Dialéctica de la Ilustración*, una tesis de carácter doble y paradójico que consiste en afirmar: «el mito es ya Ilustración; la Ilustración recae en mitología»³. En qué consiste la Ilustración y cuál es su íntima conexión con el mito es algo que Adorno y Horkheimer exponen de forma entrelazada y siempre en clara referencia a un determinado concepto de racionalidad. En concreto, el término *Ilustración* aparece bajo dos acepciones o significados complementarios: 1) como la forma histórica de la razón a la que antes se aludía, de una razón que se alza como dominio en la relación hombre—naturaleza, y 2) como «desencantamiento del mundo», que sustituye el mito por conocimiento.

La Ilustración como desmitificación del mundo consiste en disolver los mitos para hacer al hombre no un esclavo de la naturaleza, sino su dueño. Se quiere liberar al hombre para que consiga su autonomía —subjetividad— y se independice del mundo. Esto significa que existe una estrecha relación entre autonomía del espíritu y sometimiento de la naturaleza, y es que la autonomía-sometimiento se logra precisamente a través del saber racional o saber de dominio. Como bien recuerdan Adorno y Horkheimer, ya dijo Bacon que «la superioridad del hombre reside en el saber»⁴, puesto que «saber es poder», un poder que, además, tiene su esencia en la técnica y en la ciencia. De esta forma quedan identificados para los autores el saber técnico y la racionalidad de dominio, lo que es lo mismo que decir que «la racionalidad propia de la Ilustración es la de un conocimiento técnico-instrumental».

Un conocimiento que considera cognoscible cuanto es manipulable, siendo los criterios de manipulación y control, el cálculo y la utilidad; se

² DI, pág. 53.

³ DI, pág. 56.

⁴ DI, págs. 59-60.

busca siempre el procedimiento más eficaz para lograr el fin⁵. La razón científico-técnica es una razón de naturaleza instrumental⁶, funcional, aunque una razón en último término pervertida, pues ha conducido a la irracionalidad⁷.

El concepto de razón instrumental es examinado más pormenorizadamente en una obra algo posterior en el tiempo a la ahora comentada. Se trata de la *Crítica de la Razón Instrumental*, un texto firmado exclusivamente por Horkheimer, pero con ideas también de los dos pensadores, ya que aquél reconoce en el prólogo que «su propósito es el de esbozar algunos aspectos de la vasta teoría filosófica que el autor desarrolló durante los últimos años de la guerra junto con Theodor W. Adorno. Sería difícil determinar cuáles de los pensamientos se debieron a él y cuáles a mí; nuestra filosofía es una sola»⁸. Pues bien, Horkheimer en este libro se propone averiguar la noción de racionalidad vigente en la sociedad y para ello distingue entre dos tipos de razón.

Por un lado, se encontraría la razón instrumental que reduce la racionalidad a la relación adecuada entre estrategias y objetivos: se trataría de la utilización correcta de medios con vistas a conseguir un fin determinado, con la salvedad de que no interesa o no es importante la determinación de los fines. No hay ninguna pregunta sobre si los objetivos que se buscan son en sí mismos razonables o no, simplemente se admite su racionalidad por ser dependientes del interés del sujeto y de la búsqueda de su autoconservación (se pasa por alto si el interés individual hace referencia a los intereses generales; no se consideran los antagonismos sociales ni la irracionalidad que éstos pueden comportar). Los fines «son racionales en sentido subjetivo» y por ello a «esta especie de razón puede designarse como *razón subjetiva*»⁹. Por consiguiente la razón subjetiva e instrumental es aquella que convierte todo cuanto le rodea en un medio al servicio de una meta.

⁵ Adorno y Horkheimer están notablemente influidos por la caracterización que Hegel hace de la Ilustración en la *Fenomenología del Espíritu*, una Ilustración que convierte la utilidad social en su principal doctrina y que sustituye la fe por la confianza en la razón, pero en una razón rebajada a cálculo y sagacidad.

⁶ «El uso lingüístico vigente sabe de la razón preferentemente en el sentido último, como un instrumento, y trata más y más de entender por “razonable” aquello cuya utilidad *quepa demostrar (...)*», Horkheimer, M. y Adorno T. W.: *Sociológica (S)*, Taurus, Madrid, 1989, pág. 201.

⁷ La referencia a Weber en esta explicación es evidente, aunque Adorno y Horkheimer no le nombren nunca en la obra. En general, van a aceptar el diagnóstico weberiano y su interpretación de la modernidad —Ilustración— como un proceso racional de progresiva instrumentalización y funcionalización. Sin embargo, no estarán de acuerdo con su pesimismo, pues para ellos la razón instrumental no tiene la última palabra: ésta es sólo uno de los polos de la racionalidad, aunque, eso sí, de una racionalidad con carácter totalizador que se extiende progresivamente por todas las esferas de la vida humana (incluso en el ámbito de la ciencia, antes una instancia de emancipación).

⁸ Horkheimer, M.: *Crítica de la razón instrumental (CRI)*, Sur, Buenos Aires, 1969, pág.12.

⁹ CRI, pág. 15.

Por otra parte, junto a este tipo de racionalidad se halla la *razón objetiva*¹⁰, una razón que va más allá del egoísmo individual y tiene en cuenta el mundo objetivo como tal, al sujeto particular y al conjunto de los hombres, a la naturaleza y a sus manifestaciones. La razón objetiva aspira a configurar «un sistema vasto o una jerarquía de todo lo que es, incluido el hombre y sus fines»¹¹, es una razón que se plantea problemas como los del destino humano, el bien supremo, etc. Además, la razón objetiva no excluye de su seno a la subjetiva; la admite como una expresión limitada y parcial dentro de una racionalidad más amplia y abarcadora. El problema surge cuando la armonía en dicha racionalidad queda rota, cuando una de ellas intenta imponerse sobre la otra. Y esto es precisamente lo que se ha producido en el transcurso del tiempo: un predominio de la razón subjetiva sobre la objetiva, predominio que en la sociedad postindustrial llega a convertirse en un antagonismo cruel y eliminador de cualquier contenido real del concepto de razón.

De todos modos, la supremacía definitiva de la subjetividad sobre la objetiva se da principalmente en el pensamiento ilustrado: «el iluminismo disuelve la idea de razón objetiva, disipa el dogmatismo y la superstición»¹². En la Ilustración la razón instrumental y subjetiva se erige como agente crítico contra la autoridad política divina, contra la religión como noción objetiva sobrenatural. El ámbito de la moralidad queda relegado al terreno del oscurantismo, imponiéndose el avance científico-técnico como auténtico progreso emancipador. Es el pleno triunfo de la razón instrumental, que no sabe encontrar una nueva base racional para la verdad objetiva, dejando a ésta sin significado. Así, «la razón, en cuanto órgano para la comprensión de la verdadera naturaleza de las cosas y para el establecimiento de los principios directivos de nuestra vida, terminó por ser considerada anacrónica. Especulación es sinónimo de metafísica, y metafísica lo es de mitología y superstición. Bien podría decirse que la historia de la razón y del iluminismo, desde sus comienzos en Grecia hasta la actualidad, ha conducido a un estado en que se desconfía incluso de la palabra *razón...*»¹³. En conclusión, la razón deja de tener sentido por sí misma, su contenido depende únicamente de decisiones arbitrarias, que incluso carecen de justificación racional. La razón se vacía gnoseológicamente, se formaliza, «todo uso de los conceptos que vaya más allá de su puro significado instrumental cae bajo el veredicto de estar detenido en la superstición»¹⁴. El triunfo de la razón subjetiva autoconservadora es la victoria de la formalización de la

¹⁰ «El pensamiento de un fin inteligente, razonable en sí mismo, sin consideración de ganancias ni ventajas algunas, es extraño al concepto subjetivo de razón», S, pág. 202.

¹¹ CRI, pág. 16.

¹² CRI, pág. 35.

¹³ Ibid., pág. 29.

¹⁴ S, pág. 207.

razón, de su instrumentalización técnico-científica y del positivismo que la representa.

En efecto, la razón instrumental tiene su expresión epistemológica inmediata en la *filosofía positivista* que hoy en día se extiende por doquier. ¿Por qué? Porque el positivismo hace suyo el método propio de la ciencia, un método que se atiene a la realidad de los «datos inmediatos» y cuya función consiste exclusivamente en «percibir, clasificar y calcular»¹⁵. Adorno y Horkheimer le reprochan a este tipo de filosofía su exagerada tendencia empírica (cuyo principio de observación es sólo una opción más entre otras para el conocimiento de la realidad), así como su reduccionismo gnoseológico que lleva a la vanagloria de lo meramente fáctico, de los hechos dados, particulares y aislados, sin referencia ninguna al contexto, a los componentes sociales¹⁶. La fe del positivismo es la mera confirmación de aquello que es, de su dominio y de su cálculo útil. En éste el pensamiento se matematiza, acepta su lógica y su proceder sin cuestionarse si es en sí verdadero, sin poner en duda su claridad y racionalidad. «En el camino hacia la ciencia moderna los hombres renuncian al sentido. Sustituyen el concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad»¹⁷. Ya no interesa investigar las causas de los hechos, la verdad del conocimiento. Ahora éste se equipara de lleno a la ciencia y el concepto de verdad a aquello que es verificable-falsable empíricamente. La calculabilidad sustituye a la verdad, la filosofía se hace ciencia, adquiere su forma deductiva, se pone a su servicio como una técnica más de dominio y el positivismo se convierte en su manifestación más clara: el pensamiento positivista es tecnocracia filosófica al servicio del orden imperante y la coacción¹⁸, al igual que, en cierta medida, el pragmatismo basado en los criterios de planificación, eficiencia y éxito. En último término,

¹⁵ DI, pág. 80.

¹⁶ Tanto la filosofía positivista como la ciencia en general se desprecupan de su finalidad social, algo impensable para los autores cuyo propósito último es una filosofía que posibilite la transformación efectiva —utópica— hacia una sociedad auténticamente racional, no basada en el dominio en ninguna de sus esferas. Pero esto es algo que se verá más adelante.

¹⁷ DI, pág. 61.

¹⁸ Respecto a este punto hay que tener en cuenta que cuando Adorno y Horkheimer entran en discusión con la filosofía positivista, no lo hacen sólo con la teoría científica general que representa, sino también con figuras concretas como Carnap y, especialmente, Popper. Este último, por ejemplo, rechazaba las «escuelas filosóficas» porque eran infructuosas en comparación con la ciencia y sus teorías técnicamente aprovechables. Además, en aquéllas no había un progreso palpable, sino discusiones sin un significado claro que hacían sospechar de la absurdidad de la metafísica. Para Popper todo aquello que se salga del proceder metodológico de la ciencia es simple especulación o, si se prefiere, un simple juicio de valor. Carnap, por su parte, defendió también cierta incoherencia en la metafísica debido a su inutilidad. Para él un lenguaje coherente es un lenguaje útil y una teoría es científica cuando su contenido es comprobable intersubjetivamente. De todos modos, para un análisis más detallado de este problema, cfr. Wellmer, A.: *Teoría Crítica de la sociedad y positivismo*, Barcelona, Ariel, 1979.

«El único criterio que reconoce la razón subjetiva, formal instrumental, es el que el lenguaje del positivismo llama su valor operativo: su papel en la dominación del hombre y la naturaleza»¹⁹.

Resumiendo, la Ilustración así caracterizada es ante todo un proceso racional de abuso y sometimiento, de un sometimiento que se impone a través de una razón subjetiva instrumentalizada que derroca al mito, pero a un mito que para los autores es sinónimo de aquélla, de la Ilustración dominadora. «*El mito es ya Ilustración*», tanto el uno como la otra están impulsados por una inclinación al poder. Pero, ¿por qué llegan Adorno y Horkheimer a esta conclusión? Ellos pensaban que el mito tenía por objeto someter el mundo para el hombre, pues éste sentía un gran temor ante los fenómenos naturales que le desbordaban. En el ser humano desde un principio se manifiesta un miedo a la naturaleza como algo superior, ésta tiene una fuerza que amenaza la supervivencia: el hombre se cree intimidado y busca su preservación. El miedo a lo desconocido²⁰ es la raíz del deseo de dominio y éste, a su vez, es el punto en común entre mito e Ilustración. De todas formas, en la explicación que Adorno y Horkheimer llevan a cabo se va a distinguir, incluso, un momento en la historia anterior al mítico, un momento donde lo que predominaba era la «magia». En ella se daba también cierta concepción instrumentalista de la naturaleza y se perseguía, asimismo, su control; pero en la magia este fin se intentaba realizar mediante la *mimesis*: es la ejecución en el ritual de los procesos naturales para «someterlos» y «entenderlos». En la narración mítica sin embargo la *mimesis* va a ser sustituida por imágenes, por dioses olímpicos que ya no son idénticos con los elementos naturales que significan. Las figuras míticas tienen una base antropomórfica, son una proyección de la subjetividad sobre la naturaleza a dominar. Por tanto, se puede concluir que el anhelo de dominio está en el origen, es la base común que produce el entrelazamiento de mito e Ilustración. Los mitos que caen víctimas de la Ilustración son ya un producto de ésta, son el resultado de un mismo empeño. Ahora bien, ¿en qué se distinguen? Para Adorno y Horkheimer la diferencia entre ellos está en el modo de ejercer el dominio: los mitos querían contar el origen de los hechos, explicarlos y someterlos, y ello mediante sus narraciones basadas en imágenes (y no en la «imitación» propia de la magia); la Ilustración, sin embargo, utiliza como medio más idóneo de explotación y control un saber que ya no opera con imágenes, sino con categorías o conceptos. La racionalidad propia de la Ilustración no es sólo la de un conocimiento técnico-instrumental y positivista, sino también la de un conocimiento conceptual e identificante, que a partir de la generalización y la abstracción elimina lo diferente unificándolo.

¹⁹ S, pág. 207.

²⁰ «La Ilustración es el temor mítico hecho radical», DI, pág.70.

En *Dialéctica de la Ilustración* Adorno y Horkheimer esbozan una crítica al pensamiento conceptual identificante como saber de dominio, como un saber que regido por el principio de identidad acaba con lo heterogéneo destinando a muerte todo aquello que no se le somete. Para ellos este tipo de conocimiento tiene su origen en el propio proceder del pensamiento:

«(...) ya la pura forma del pensamiento está intrínsecamente marcada por la apariencia de identidad. Pensar quiere decir identificar»²¹

Desde el origen de la filosofía el conocimiento se ha asentado sobre el método identificador de concepto y objeto, pues se ha reducido la multiplicidad de objetos semejantes, pero diversos a un tiempo, a la unidad de un único concepto abstracto. El problema del pensamiento ha sido precisamente ese, la *abstracción*. Todo conocimiento es abstracción y toda abstracción es reducción de la pluralidad sensible a la identidad ideal del concepto. (Que esto es así puede verse, según los autores, en los primeros filósofos de la antigüedad que ya se preguntaron cómo lo múltiple dado en la experiencia puede ser representado o considerado como uno²²). Sólo a través de un procedimiento por reducción y asimilación abstracta nos es posible «conocer»: el conocimiento consiste en identificar-sintetizar una pluralidad de manifestaciones en la particularidad conceptual. Ahora bien —y es aquí donde radica la importancia de este planteamiento—, la identificación lo que verdaderamente significa, creen Adorno y Horkheimer, es una anulación de las diferencias individuales. La reducción del proceso de conocimiento tiene forma de «negación»: la identidad ideal niega el carácter real de lo diverso sensible. Para el conocimiento abstracto el concepto es lo auténtico, las diferencias lo irreal, lo que carece de significado. Sin embargo, ellos piensan lo contrario: lo real son los objetos, lo ideal los conceptos. Y lo real son los objetos porque éstos contienen o muestran mucho más de lo que de ellos dice el concepto. Las diferencias verdaderas entre los objetos de una misma clase son negadas, olvidadas y reducidas a una identidad que sólo se queda con los aspectos comunes. Lo ideal, por lo tanto, es el concepto, porque las cosas no coinciden de hecho con él. Quizás no se pueda pensar sin identificar, pero tampoco el pensamiento se reduce meramente a la identificación. Existe un abismo entre lo que las cosas son y el concepto que las representa, y este abismo es el que provoca «la negación de la identidad».

La negación es sumamente importante para Adorno y Horkheimer porque es la indiferenciación de las cosas, su homogeneización, lo que permite y posibilita su mejor control. Si el pensamiento identificador ha conservado su vigencia desde sus orígenes hasta nuestros días ha sido por el hecho de que es el instrumento idóneo para la dominación:

²¹ Adorno, T.W.: *Dialéctica Negativa*, Taurus, Madrid, 1992, pág. 13.

²² «Unidad ha sido el lema desde Parménides hasta Russell», DI, pág. 63.

«La verdad es que todos los conceptos, incluidos los filosóficos tienen su origen en lo que no es conceptual, ya que son a su vez parte de la realidad, que les obliga a formarse ante todo con el fin de dominar la naturaleza»²³.

La teoría de la identidad y la abstracción como principio de generalización epistemológica supone una reducción de la heterogeneidad individual que queda superada en la identidad del concepto. Pues bien, la negación de lo constitutivamente diferenciador se convierte en una seria amenaza cuando se deja el plano gnoseológico y se pasa a una operatividad práctica, es decir, cuando se hace condición de posibilidad de una racionalidad técnica e instrumental. Como bien señalan Adorno y Horkheimer «el dominio en la esfera del concepto, se eleva sobre el fundamento del dominio en la realidad»²⁴. Un dominio que progresivamente se ha ido extendiendo, hasta llegar a abarcar todas las esferas de la existencia humana. En efecto, para los autores el afán de poder que caracteriza a la racionalidad desde su origen y que quiere someter el mundo al dominio del sujeto ha supuesto también la propia opresión del hombre particular e, incluso, del conjunto de los hombres y de sus relaciones sociales. Pero ¿cómo se ha producido este proceso?

El sometimiento de la naturaleza exterior se ha ejercido a través del conocimiento descrito con anterioridad, a través de la racionalidad científico-instrumental y de la filosofía positivista que la encarna. Esta filosofía, ayudada por el pensamiento idéntico que no soporta las diferencias y lo desconocido, va a terminar por reducir todo a la pura inmanencia. Sólo va a admitir la existencia del hecho bruto y, al igual que la ciencia, se limitará a repetirlo. Así, el ciclo mítico se sustituye por la repetición calificada de «ley». Por ello, con el pensar positivista y acrítico se produce el retorno de la Ilustración a la mitología —«*la Ilustración recae en mitología*»—, se regresa a la necesidad y coacción míticas de las que se había pretendido escapar. Además, la filosofía positivista defiende una investigación objetiva cuando en verdad está pragmáticamente subordinada a los intereses de subyugación de la naturaleza y de los hombres.

El dominio sobre el hombre particular se realiza, por una parte a través de la opresión de la naturaleza interna, negada y controlada por el propio individuo que pierde así su intrínseca condición somática. A favor del intelecto se abandona la experiencia; se reprimen los sentidos e incluso el placer. El Yo se levanta contra los impulsos y los somete al orden y la organización²⁵.

²³ DN, pág. 20.

²⁴ DI, pág. 69.

²⁵ Frente a esto Adorno y Horkheimer propondrán dinamizar de nuevo la categoría de sujeto empírico, devaluado generalmente en la epistemología occidental. Hay que revitalizar al sujeto contingente, doliente, un ser que es materia, no puro entendimiento, sino cuerpo que siente.

Por otro lado, por medio de la razón identificante el individuo queda reducido a un simple ser genérico, a un elemento estadístico de éxito o fracaso, idéntico a la generalidad y, por lo tanto, intercambiable. El sujeto pierde su individualidad más específica y, finalmente, se reifica. Pero, «...con la reificación del espíritu fueron hechizadas las mismas relaciones entre los hombres, incluso las relaciones del individuo consigo mismo»²⁶.

Por último, la dominación en la esfera social supone el control sobre el conjunto de los hombres y de sus relaciones, un control que se impone a través de la cultura y del poder político-económico. Según Adorno y Horkheimer, por medio de la industria cultural se posibilita el conformismo de las masas, se ejerce su represión y su consiguiente manipulación política (Fascismo). La sociedad en su totalidad se cosifica y se impone la ideología y la alienación generalizada en la realidad.

Este es, en definitiva, el proceso por el cual la razón de dominio se ha legitimado y hecho global. Y es que la historia entera de la racionalidad occidental, desde su origen en las narraciones míticas, ha estado impulsada por la querencia a la dominación. Tanto en el mito como en la Ilustración hay un deseo común por controlar la naturaleza y someterla para el sujeto, a fin de que éste consiga su autonomía. El mito es Ilustración, pero la Ilustración también es mitología. En la Ilustración el espíritu que emergió del mito como elemento opresor se torna, a su vez—de acuerdo con el análisis efectuado—, en víctima sometida por la naturalidad más ciega. Esta es la tesis central de la *Dialéctica de la Ilustración*, una tesis con la que, ante todo, Adorno y Horkheimer quieren mostrar cómo en el dominio (sinónimo de racionalidad) está la raíz del mal que aqueja a la sociedad postindustrial de su momento, el germen de la regresión hacia la irracionalidad de una sociedad falsa y autodestructiva, muy alejada de la emancipación y libertad pretendidas por la Ilustración. Pasemos a continuación a analizar estos temas y su relación con la razón de dominio.

LA RACIONALIDAD MITICA O EL ORIGEN DE LA SUBJETIVIDAD

Adorno y Horkheimer piensan que el mito es el primer modelo de dominio donde se da la racionalidad ilustrada y la *Odisea* el texto clave que confirma sus premisas. Para ellos esto es así por dos motivos fundamentalmente: primero, porque en la relación mágica de los hombres con la naturaleza todavía no había una disociación tan tajante entre ésta y aquéllos; en el ritual mágico el hombre imitaba a los elementos. Es en el mito donde esta relación se distorsiona y el hombre se alza como sujeto autónomo

²⁶DI, pág. 81.

independiente del mundo, donde se empieza a configurar el «yo idéntico». En segundo lugar, Adorno y Horkheimer escogen la *Odisea* de Homero porque ésta representa el poema épico a partir del cual se origina nuestra civilización, un poema donde los mitos se expresan ya de forma organizada, «como producto de la razón ordenadora, que destruye el mito justamente en virtud del orden racional, en el cual lo refleja»²⁷.

Pues bien, según los autores, la *Odisea* es el relato sobre la formación de la subjetividad humana a través de la huida de las potencias míticas a las que se tratará de dominar. El individuo consigue su emancipación respecto a la naturaleza exterior en la medida en que se distingue de ella y la somete, sometimiento que a la vez se consigue por medio de la represión de la propia interioridad.

El poema ejemplifica la lucha por crear el «sí mismo» y las aventuras son las tentaciones que intentan impedirlo, desviándolo de su senda. Únicamente a través del sacrificio constante y la renuncia de los instintos puede sobrevivir Odiseo a los continuos peligros que amenazan su viaje desde Troya hasta a Itaca²⁸. Cuando el impulso gobierna la acción el desarrollo del sujeto se ve amenazado con su destrucción; sólo mediante la negación de la naturaleza interna y la adaptación consciente se pueden controlar las fuerzas míticas de la naturaleza exterior²⁹. «Sacrificio», «renuncia» y «represión» son momentos necesarios en la emancipación del espíritu. Un espíritu, sin embargo, débil, que se deja tentar y que, por tanto, necesita también del «engaño» y la «astucia» para sobrevivir. Es la astucia como cálculo racional de posibilidades —razón instrumental— para salir triunfante en la lucha con el destino, con los dioses y con uno mismo. Desde un primer momento la racionalidad es astucia y engaño³⁰.

En el análisis llevado a cabo por Adorno y Horkheimer la racionalidad astuta, dominadora, está relacionada directamente con el engaño del sa-

²⁷ DI, pág. 97.

²⁸ La historia de los encantamientos de Circe es una clara muestra de esto en opinión de Adorno y Horkheimer, pues la hetaira induce a abandonarse a los impulsos sexuales, convirtiéndolo en cerdos a todos aquéllos que caen víctimas de la tentación. Pero la caída en la forma animal es al mismo tiempo una promesa de felicidad, de liberación de la naturaleza oprimida. Y es que lo que separa al hombre de las bestias es la represión de sus instintos; éste es el modo de adquirir la autonomía individual.

²⁹ «El sujeto, dividido aún y obligado a emplear la violencia tanto contra la naturaleza en sí misma como contra la naturaleza exterior, castiga a su corazón obligándolo a la paciencia y prohibiéndole, en aras del futuro, el presente inmediato. (...) El yo idéntico sería considerado por Homero sólo como resultado del dominio de la naturaleza interna del hombre», cfr. nota 5, DI, pág. 101.

³⁰ La astucia de la razón está ejemplificada en el pasaje de Polifemo cuando Odiseo para salvarse del cíclope se hace llamar «Nadie». Con este nombre, sin embargo, aquél, al mismo tiempo que afirma su identidad, la niega y se asimila con lo amorfo; su autoafirmación es negación de sí. Además, con el uso del nombre «Nadie» el lenguaje se convierte en instrumento, se orienta hacia fines superficiales.

crificio propio del culto antiguo. En la acción ritual los hombres por medio de sacrificios pactan con los dioses un no hacerse daño. El sacrificio es el ardid con el cual se disuelve el poder de aquéllos y se les intenta dominar. Los hombres destronan a los dioses mediante el homenaje que les tributan. Pero lo más importante aquí es que los autores creen que en la *Odisea* el sacrificio se seculariza y se convierte en el modelo del intercambio racional de toda la sociedad posterior. Efectivamente, Odiseo en el poema aparecería como un intercambiador ocasional que no respeta el don antiguo de la hospitalidad griega y engaña con la astucia a sus anfitriones. Así se convierte en el primer burgués y su engaño en el principio posterior de la economía. De hecho, sus aventuras pueden leerse como el riesgo económico propio de una sociedad donde la clase dominante justifica moralmente sus beneficios en la inversión del capital —la posibilidad de hundimiento fundamenta la ganancia— cuando, en realidad, éste se obtiene por medio del engaño —explotación— de la otra parte que interviene en el intercambio —trabajo—. Odiseo es el primer «homo oeconomicus» e, incluso, el primer Robinson, pues se atiene a su interés particular, sacrificando a los demás para conseguir el fin (él es el único superviviente que logra la meta y retorna a Itaca). La racionalidad astuta es estratagema e instrumentalidad.

En definitiva, la internalización del sacrificio y la astucia de la razón son los métodos por los que se conquista el «yo» y se impone el control sobre uno mismo y la naturaleza exterior. En el poema épico de la *Odisea* ya está presente, por tanto, la racionalidad de dominio y es que no hay obra que sea «testimonio más elocuente de la imbricación entre mito e Ilustración que la de Homero, el texto base de la civilización europea»³¹.

RAZON Y MORAL EN LA ILUSTRACION

Adorno y Horkheimer se consideran herederos de la Ilustración, de sus ideales de libertad, justicia y solidaridad, sin los cuales creen que verdaderamente no se puede alcanzar la sociedad emancipada que ansían. Incluso, van a hacer suya la idea de Kant de que éste es un objetivo sólo posible mediante el uso de la razón, aunque, eso sí, no por la razón de dominio que se ha impuesto hasta ahora, sino por el ejercicio de una «razón crítica».

«La Ilustración es, en palabras de Kant, “la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad. La minoría de edad significa la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la guía de otro”. El “entendimiento sin la guía del otro” es el entendimiento guiado por la razón»³².

³¹ DI, pág. 99.

³² DI, pág. 129.

Kant es el filósofo ilustrado por excelencia, quien mejor representa y desarrolla las ideas que surgen en ese momento, y por ello también la figura donde Adorno y Horkheimer van a ver explicitados todos los presupuestos criticados con anterioridad. En efecto, en el siglo XVIII el saber científico-instrumental se alza como modelo posible de toda racionalidad y la verdad se identifica llanamente con la ciencia. «La ciencia misma no tiene ninguna conciencia de sí; es un instrumento. Pero la Ilustración es la filosofía que identifica verdad con sistema científico»³³. En Kant, de hecho, la ciencia aparece idealizada y se convierte en el modelo para hallar los principios que rigen el conocimiento. La ciencia es sistemática y Kant hace de su filosofía un sistema; la ciencia es jerárquica y Kant concibe su obra como una «arquitectónica» de la razón. Pero los autores son por principio asistemáticos (incluso en la forma de exponer la filosofía), pues el sistema es la expresión de un «pensamiento identificador» que pretende captar lo real en conceptos. Y en Kant, ciertamente, conocer es subsumir algo dado en una intuición bajo un concepto³⁴. Jerarquía, sistema, afán de unificación, todo ello se encuentra en la filosofía kantiana, y todo ello es denunciado por Adorno y Horkheimer como manifestación plena de dominio sobre la realidad y sobre el hombre. Un hombre que se somete él mismo al dominio a través del autocontrol y de la represión de su naturaleza interna.

El dominio sobre uno mismo a fin de conseguir la «autonomía» es un tema que en Kant está ligado de modo directo a la moralidad. Efectivamente el sujeto moral, autónomo, es el que se da a sí mismo la ley, el que obra por deber y vence los deseos e inclinaciones de su voluntad, dejando de lado las pasiones a favor de una razón formalizada, sin contenido y aséptica. Pero esto es algo ilógico en la opinión de Adorno y Horkheimer que consideran al hombre un ser material, empírico, inmerso en el mundo de la experiencia y de las emociones, un ser heterónomo, contrario a la «apatía» de Kant, porque la heteronomía es la capacidad de ser afectado por los objetos, por los otros.

Es necesario volver a revalorizar la naturaleza propia del individuo que ha sido fuertemente sometida a lo largo de la historia. Quizás sea Sade uno de los pocos pensadores donde este proceso se invierte y donde el sujeto opresor de la interioridad se torna en víctima oprimida de una naturalidad ciega. Así lo ven de hecho Adorno y Horkheimer, para los cuales la obra de este pensador muestra hasta el extremo la voluntad de dominio de la Modernidad³⁵. Sade lleva a cabo una subversión total de las premisas ilus-

³³ DI, pág.132.

³⁴ «Pensar, en el sentido de la Ilustración, es producir un orden científico unitario y deducir el conocimiento de los hechos de principios entendidos ya sea como axiomas determinados arbitrariamente, como ideas innatas o como abstracciones supremas», DI, pág. 129.

³⁵ «Pues la *Chronique scandaleuse* de Justine y Juliette (...) es el poema épico de Homero, una vez que éste se ha despojado del último ropaje mitológico: la historia del pensamiento en cuanto órgano de dominio», DI, pág. 162.

tradas al hacer de la naturaleza la razón que condiciona a obrar al hombre. Este obedece exclusivamente los mandatos de su naturaleza interna, que ante todo se mueve por la búsqueda del placer, de un placer cuya última meta es el dominio absoluto sobre el otro, aunque ello signifique su aniquilación. Las perversiones³⁶ a las que son sometidas las víctimas buscan acabar con el «yo», con la virtud como control de los instintos y las pasiones, sin dejar lugar a la piedad o a la compasión.

La compasión fue siempre una idea sospechosa para la Ilustración, rechazada, incluso, por un filósofo como Nietzsche, radicalizador crítico del proyecto ilustrado y de la razón occidental. Según éste, la compasión es el gran peligro del superhombre que lo puede emponzoñar y debilitar. Sin embargo, Adorno y Horkheimer ven en la compasión una de las armas posibles para luchar contra la injusticia y el dolor de los oprimidos, la miseria o la explotación. El olvido de la *solidaridad* y la *compasión* es lo que ha posibilitado, en último término, fenómenos tales como la cosificación generalizada de los individuos o el fascismo, donde la razón de dominio se ha hecho total.

IRRACIONALIDAD DE LA RAZÓN: CULTURA Y BARBARIE

La «dialéctica de la Ilustración», la conversión del pensamiento en dominio irracional que produce la aniquilación de los individuos y de la sociedad, tanto en el plano teórico como en el práctico, se manifiesta de forma cruel y despiadada para Adorno y Horkheimer en dos fenómenos concretos de su momento histórico: la cultura de masas y el antisemitismo. Ambos son la última consecuencia de una razón enferma que ha ido imponiéndose progresivamente en el tiempo hasta controlar todas las esferas de la vida humana, la naturaleza, la individualidad, las relaciones entre los hombres. En la sociedad contemporánea la razón de dominio se ha hecho realidad en forma de pesadilla bajo el poder de la «cultura» y la «barbarie».

En primer lugar, Adorno y Horkheimer estudian la relación de la cultura con el dominio y muestran que el objetivo de la industria cultural no es otro que el encubrimiento de una realidad falsa fundada en la opresión. Efectivamente, «la industria cultural muestra la regresión de la Ilustración a ideología»³⁷ y ello también a través del triunfo de la razón técnico-instrumental, una razón que con la aplicación de las nuevas tecnologías de difusión y producción masivas mercantiliza la cultura y manipula las con-

³⁶ Sade como ilustrado, al igual que Kant, tiene la ciencia como modelo; las perversiones de sus obras reflejan para Adorno y Horkheimer la jerarquía y la racionalidad sistematizante propias de la mecánica moderna.

³⁷ DI, pág. 56.

ciencias de un modo planificado (estadística y repetición), con el fin de mantener y reproducir constantemente el sistema social. Así, en contra del proyecto ilustrado que pretendía liberar a los hombres mediante el conocimiento y el saber, la cultura actual se va a manifestar como el medio más idóneo de reproducción y fetichización de lo existente, de la autoridad, de sus mitos y prejuicios. La cultura industrial es la cosificación e ideologización de las relaciones humanas. Ahora bien, ¿cómo se ha producido esta situación?

El análisis de Adorno y Horkheimer tiene como punto de partida la constatación de que los individuos y sus manifestaciones culturales se encuentran en la actualidad atrapados en la red de un mundo en el que lo que predomina es el capital, donde el poder político-económico impone sus leyes en el mercado, administrando la cultura en su propio beneficio. Se trata de lo que ellos denominan el «mundo administrado», donde la cultura es totalmente absorbida por la lógica de la producción de mercancías y se convierte en un artículo industrial más al servicio del consumo y la reproducción del «statu quo».

En este proceso incluso el arte va a ser concebido como una mercancía, como un producto atado a los requerimientos de la eficacia y la utilidad, la ganancia y las posibilidades de venta, perdiendo así su capacidad de crítica y subversión respecto a las formas dominantes. Ahora es la publicidad³⁸ la que dicta los patrones estéticos y filtra la realidad a través de los nuevos medios de la cultura de masas (*mass media*). Prensa, televisión, radio ..., cada uno de ellos remite a todos los demás creando una estructura compacta y aparente que le vela al hombre el sentido de las cosas, que incluso a él mismo lo manipula. De hecho, la industria cultural es una prolongación del mundo exterior, pues intenta reproducir las interpretaciones dominantes de la realidad; al igual que ella esquematiza, clasifica, cataloga buscando la identificación, estandarización y pseudoindividualización de las conductas para su mejor control. Por eso la cultura de masas quiere una recepción atenta, aunque relajada y pasiva: hay que evitar cualquier esfuerzo por parte del consumidor posibilitando una comprensión fácil e instantánea. Hay que cautivar al individuo, ser su consuelo en el tiempo libre, tras el trabajo³⁹, borrando en él toda huella de reflexión y de crítica.

En definitiva, la industria cultural es la ideología que refuerza el sistema imperante de la razón de dominio, reificando el espíritu del hombre y

³⁸ «La publicidad se convierte en el arte por excelencia...: el arte por el arte, publicidad por sí misma, pura exposición del poder social», DI, pág. 208.

³⁹ «La industria cultural sigue siendo la industria de la diversión.(...). La diversión es la prolongación del trabajo bajo el capitalismo tardío. Es buscada por quien quiere sustraerse al proceso de trabajo mecanizado para poder estar de nuevo a su altura, en condiciones de afrontarlo...», DI, pág. 181.

el conjunto de sus relaciones sociales. «El mundo entero es conducido a través del filtro de la industria cultural»⁴⁰.

Por otro lado, para los autores el tema de la cultura de masas y la ceguera que ésta conlleva guarda una estrecha relación con el prejuicio antisemita del fascismo nazi: es la manipulación generalizada de las conciencias a través de la cultura lo que posibilita en parte el totalitarismo político y la barbarie del exterminio judío. En verdad, esto es cierto, aunque Adorno y Horkheimer creen que el problema del antisemitismo en la sociedad posee una raíz mucho más profunda, a saber, la propia irracionalidad de la razón dominante y de un mundo hecho a su imagen y semejanza. El antisemitismo es la última consecuencia de la razón de dominio que ha viciado desde el origen a la racionalidad; es el último eslabón en la cadena de opresión irracional sobre los hombres, que en lugar de emanciparse se autodestruyen. Por eso, «el análisis, a modo de tesis de los “Elementos del antisemitismo” aborda el retorno de la civilización ilustrada a la barbarie en la realidad»⁴¹.

Adorno y Horkheimer elaboran varias explicaciones para dar cuenta del hecho antisemita y llegan a la conclusión de que éste es un fenómeno basado, ante todo, en una falsa proyectividad de la razón. Es decir, el antisemitismo es el resultado de una falsa proyección de miedos y deseos reprimidos; los sentimientos de impotencia e incapacidad de las masas son proyectados sobre aquéllos que parecen potentes o capaces, los judíos. Estos, al ser una minoría diferente (no sometida a la identificación del pensamiento, ni siquiera en el ámbito religioso) van a cuestionar y comprometer la validez del orden social vigente. De ahí su persecución, aunque de hecho, dicen Adorno y Horkheimer, ésta podría darse sobre cualquier otro grupo minoritario y sospechoso de falta de integración. El antisemitismo es, de este modo, consecuencia de la paranoia y frustración de los hombres. El problema es que este tipo de individuos paranoicos, frustrados y fácilmente manipulables se extienden cada vez más en ésta sociedad administrada bajo la mentalidad del «ticket» y el odio a la diferencia.

Hay que dar paso a un nuevo tipo de sociedad donde no triunfe la barbarie, ni la sinrazón, donde el dominio irracional no tenga la última palabra. Pero esto sólo es posible si la Ilustración toma conciencia de sí misma y de su «dialéctica»; únicamente una Ilustración crítica consigo misma y con su proceso de autodestrucción puede acabar con la irracionalidad de la razón. «Es la Ilustración misma, dueña de sí y en proceso de convertirse en fuerza material, la instancia que podría romper los límites de la Ilustración»⁴².

⁴⁰ DI, pág. 171.

⁴¹ DI, pág. 56.

⁴² DI, pág. 250.

VERDAD Y CRÍTICA

El propósito último de la *Dialéctica de la Ilustración* ha consistido en mostrar las contradicciones y antinomias propias de un pensamiento, el ilustrado, que no ha liberado al género humano; por el contrario, lo ha hundido en la opresión irracional. La causa de este hecho la sitúan Adorno y Horkheimer en el propio concepto de razón que emerge con el proceso civilizatorio y que se desarrolla de modo pleno en la Ilustración. Es la razón instrumental, identificante, una razón entendida como «voluntad de dominio» y no como «voluntad de verdad». Ilustración ha sido desde el principio sinónimo de encadenar y dominar; por eso los pasos de la humanidad no se han dirigido hacia una sociedad emancipada, sino hacia una progresiva barbarie. El proyecto de reconstrucción racional del mundo ha llevado en su seno su misma negación: la irracionalidad de la razón dominadora.

Pero Adorno y Horkheimer se consideran depositarios de los ideales ilustrados y, por tanto, su objetivo sigue siendo construir una sociedad libre y justa, verdadera, al servicio del hombre. ¿Cómo es esto posible en la actual situación de sometimiento y destrucción que aqueja tanto a la naturaleza como al individuo? Sólo mediante una *reflexión crítica* que denuncie la falsedad del sistema y el desarrollo de su razón (dominio) viciada desde el origen. La filosofía significa reflexión sobre el proceso social y toma de conciencia crítica de sus antagonismos; la filosofía es el ejercicio de una razón crítica que saca a la luz las contradicciones existentes en la realidad, de una realidad que niega como falsa. La reflexión crítica es el único camino para llegar a la *verdad* y configurar otro tipo de sociedad. Y es que la verdad para los autores no coincide con el mundo dado, no se identifica con él. Adorno y Horkheimer no dan una definición concreta del concepto de verdad, se acercan a ella negativamente enunciando que no es un instrumento al servicio de lo existente, pues se opone a la forma dominante de saber, a la concepción epistemológica tradicional de la historia de dominio. En realidad, la verdad, al igual que la filosofía, será crítica, denuncia de todo aquello que obstaculiza el desarrollo del hombre hacia un futuro mejor. El pensamiento sobre la verdad es el lado utópico de la filosofía de estos dos autores que sueñan o ansían con una sociedad distinta donde no exista el dolor, la miseria, la opresión... De todos modos, ellos en la *Dialéctica de la Ilustración* no caracterizan dicha sociedad, sí lo que la hace padecer, lo que necesita ser transformado por un esfuerzo comunitario y por medio de la solidaridad —compasión— entre los seres humanos. Adorno y Horkheimer se quedan aquí al nivel de la crítica como autorreflexión o autocrítica incluso, pues para ellos el conocimiento reflexivo sobre la razón de dominio, sobre la represión, es ya liberación de su poder alienante. La permanencia crítica en la búsqueda de la verdad es el punto en común de la filosofía de Adorno y Horkheimer, y también el último tema que se «apunta» o «esboza» en la *Dialéctica de la Ilustración*: no hay que bajar la

guardia en la tarea crítica y mantener la esperanza de encontrar «lo otro» de la razón (verdad). Además, la filosofía como reflexión crítica también debe criticarse a sí misma, aplicarse sus principios si no quiere convertirse en un nuevo sistema de pensamiento. Hay que permanecer necesariamente en la crítica, porque el que Auschwitz se diera y aún pueda darse como posibilidad y realidad hace inhumano consagrar lo existente. «La barbarie sigue existiendo mientras en lo esencial perduren las condiciones que provocaron esa recaída. Precisamente ahí está el horror.»⁴³.

La *Dialéctica de la Ilustración* es la aportación de Adorno y Horkheimer al ejercicio crítico, su denuncia a la concepción de razón imperante y a la irracionalidad manifiesta en la historia que imposibilitan la verdad, una auténtica emancipación social.

⁴³ Adorno, T.: *Consignas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973, pág. 88.